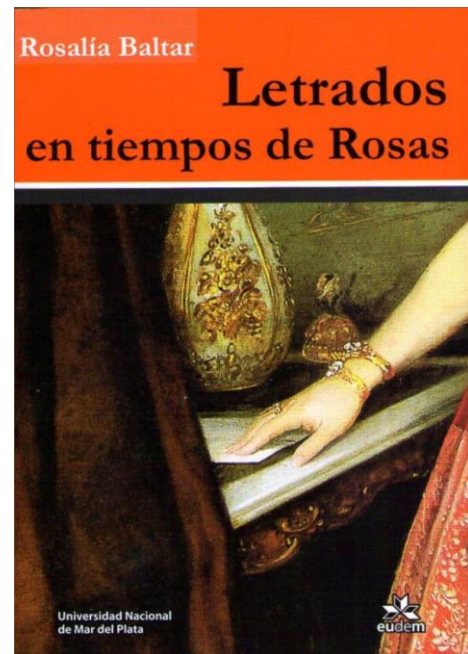


Rosalía Baltar,
Letrados en tiempos de Rosas.
Mar del Plata
EUDEM
2012
250 pp.



Por Estefanía Di Meglio¹

Cuanto más se cree conocer una historia, más cosas hay por descubrir en ella. O lo que sucede sea acaso que o bien surgen cuestiones que los lugares comunes y las representaciones fosilizadas ocultan debajo de ellas, o bien nuevas perspectivas iluminan aspectos abordados antes desde una única mirada. Así lo muestra Rosalía Baltar en su libro *Letrados en tiempos de Rosas*. Con un prosa amena, nos guía en un recorrido que permite adentrarnos en el período rosista desde aristas y lugares poco transitados, posicionándose en un ángulo que trasciende las representaciones comunes las que, atendiendo sólo al terreno de lo político, han forjado elaboraciones estancas de esa época, obliterando u opacando, bajo una mirada plana, otros ámbitos como es el que corresponde a ciertas figuras de letrados.

Conforme al seguimiento de estas huellas en la historia cultural del Plata del siglo XIX, a los hombres objeto de este estudio –junto con sus textos– hay que buscarlos en las páginas que ofrecen una anomalía para la historia oficial: en efecto, se trata de “los proscriptos”, tal como los denomina Ricardo Rojas en su *Historia de la literatura argentina*. Inmiscuida en la época rosista, la autora nos invita a descubrir las figuraciones de letrados que, muchas veces acuciados por avatares de diversa índole, sentaron bases y construyeron los cimientos de un período fundacional de la cultura, momento en el que emergen factores de cambio que al instante de su cristalización consolidan gestos y modulaciones recurrentes en el ámbito de la cultura, saber y poder. Las relaciones entre los letrados así como las de éstos con sujetos de otros campos constituyen uno de los hallazgos que se reconocen en el libro: se trata de letrados que construyen sus figuras en las intersecciones y en los puntos de contacto. Mientras que las lecturas canónicas ponen su

¹ Profesora en Letras (UNMDP). Contacto: estefidimeglio@hotmail.com.

énfasis en las diferencias, haciendo caso omiso y desechando ideas, perspectivas y opiniones compartidas entre estos letrados, la autora reconoce la emergencia de semejanzas en el pensamiento de éstos. El espacio cultural se nos presenta entonces como terreno escindido, campo de lucha y confrontación entre las diversas configuraciones de letrados, pero que lejos de permanecer como un espacio sitiado, se configura como lugar de encuentro y de mixturas. Se distinguen el letrado rivadaviano, el letrado rosista y el letrado romántico, no como categorías irreductibles y asépticamente diferenciadas, sino como reunidas en el seno de una incipiente sociabilidad intelectual: conviven y se interrelacionan, se diferencian pero también se asemejan, haciéndonos revisar categorías que los ubican en compartimentos rígidos y estancos.

Epistolarios –entre los que se cuentan cartas públicas y privadas-, periódicos, colecciones y polémicas son algunas de las tipologías textuales que toman parte en este terreno cultural en ciernes y que constituyen parte del corpus que la autora se aboca a analizar. Aborda cuestiones como las condiciones epistolares del siglo XIX, del arte de viajar, de las representaciones de Europa y de América y de las concepciones de arte, lengua, tradición y cultura que se figuran y proyectan sobre los textos analizados.

Previa una introducción al libro en su conjunto, el primer capítulo se ocupa de la figuración del letrado rivadaviano, focalizándose en sujetos que, exiliados de su patria de origen, arribaron a estas tierras seducidos por el proyecto rivadaviano de convertir el Plata en un Parnaso local. Se trata de hombres que no fueron letrados en el sentido estricto del término, pero que amén de esto respondieron a una figura de intelectual bien definida, dada por su idoneidad en el manejo de los recursos simbólicos. Zucchi, Venzano, Mossotti, entre otros, son emigrados italianos que entroncan en las *Belle arti* y, al momento de trazar su filiación se los encuentra en la escuela neoclásica, en oposición al romanticismo. Motivados por su situación de desarraigo, dimensionan una construcción del espacio americano, que va desde la idealización más ingenua de hombres como Venzano hasta la eventual deconstrucción contestataria del anterior que emprende el ingeniero arquitecto Carlo Zucchi. Estas imágenes portan no sólo el signo de un espacio desde la consideración extranjera –a la que se agrega la del exiliado como condicionamiento de su percepción-, sino que encarnan en su mismo interior consideraciones reveladoras sobre situaciones, ideas y representaciones políticas, económicas, culturales y aun de rasgos identitarios propios; en última instancia, de la figuración de intelectual o letrado, que Baltar se ocupa de desentrañar. En lo que respecta a los lazos y vinculaciones sociales entre intelectuales y hombres al frente del poder, desde el espacio textual y a partir de un cuidado y atento análisis discursivo, la autora lee y descubre en estos escritos distintas modulaciones de sociabilidad, yendo desde las más pragmáticas como la comercial y de subordinación hasta abarcar, en el otro extremo, las de admiración y respeto. Son todos sujetos que califica como excéntricos, designación que tiene en cuenta desde el sentido más saliente y explícito, esto es, aquel que se refiere a su condición de exiliados políticos, hasta esa otra significación que les imprime la mirada de una historia canónica.

El segundo capítulo delinea, como lo anuncia su título, “La figura del letrado rosista a través de la producción de Pedro de Angelis”. Con el procedimiento de la mirada metonímica que rige el análisis y que se constituye como herramienta para la configuración del letrado en general por medio de sus figuras paradigmáticas, la autora coloca en el centro de la escena –como figura central de letrado rosista- a uno que se desprende del rivadaviano, que delimita su propio espacio de pertenencia y acción. De Angelis es, en

efecto, una figura coyuntural al campo de gobierno y al lugar desde el que se yergue el poder del Restaurador. Interviene de manera visceral, contribuyendo a la formación del período. La *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de La Plata* es el texto a partir del cual se emprende el análisis, deslindando de él las preceptivas de una época, los lazos que configuran una sociabilidad en auge y la figura del letrado emergente. De este sujeto y de sus textos, nos informa la autora, se desprende una doble figuración: por un lado, la de oportunista, que en su praxis escrituraria se materializa en el plagio, la copia y el robo y, por el otro, la de intermediario entre la lectura y las ideas, lo que redundará en su imagen de como erudito. Entre estos dos polos oscilará en un movimiento pendular la figura de Pedro de Angelis, a la que vienen a añadirse otras como la del coleccionista.

En sentido análogo, Baltar repara en ciertas amalgamas entre el espíritu clásico y el romántico: mientras que el letrado rivadaviano se distancia de la estética del romanticismo, de Angelis se acerca eventualmente a ella, lo que plantea el cuestionamiento de las dicotomías como mecanismo de encasillamiento. En estas grietas y fisuras repara la autora: justo en el lugar en el que las taxonomías se fisuran y se tienden lazos de sociabilidad que dan como resultado figuraciones de intelectuales permeables a ideas, preceptos e imaginarios que, si bien no declarados explícitamente, se filtran en los intersticios de sus textos.

El binomio saber-poder, estructurado sobre una relación dialéctica, queda estatuido en el lazo que une a Rosas y de Angelis, atravesado por un fuerte vínculo que la autora designa como cortesano. De estas cuestiones es testimonio el epistolario entre ambos, el cual, por medio de los visos de sociabilidad entre gobernador y letrado, pone sobre la superficie de los textos un aspecto que viene a complementar la figuración de de Angelis: se trata de la colaboración en el trabajo, devenida de las mutuas correcciones que muestran un modo particular de aproximación al saber. De igual manera, el italiano articula en sus textos una serie de recursos orientados a la obtención de réditos en su favor, los que se reducen casi a la sustentación de sus proyectos culturales. En efecto, las desavenencias económicas aparecen como obstáculo para el quehacer intelectual. En esta dirección, Baltar señala cómo a rasgos y procedimientos textuales se le asocian determinadas facetas en los vínculos sociales: es el caso de la dedicatoria como forma de pago y aquí entra en juego la cortesía en el plano lingüístico como consecuencia de urgencias económicas. Con esto nos inmiscuimos en los mecanismos textuales que dan lugar a la construcción de imágenes del otro. Los intereses partidistas de la producción letrada quedan desmantelados por el análisis textual que emprende la autora, y absorbidos en este par indisociable de saber y poder.

En el tercer y último capítulo, el estudio toma como uno de sus ejes la polémica escrita que entablaron Esteban Echeverría y Pedro de Angelis sobre la reedición del *Dogma Socialista*. Junto con aquélla, una selección del cancionero de la época, la *Biografía en verso de Juan Manuel de Rosas* de Luis Pérez, la biografía de Rosas escrita por Pedro de Angelis, *El Gigante Amapolas* de Juan Bautista Alberdi y el estudio preliminar a las *Obras Completas* de Esteban Echeverría de Juan María Gutiérrez, conforman el corpus que da materia al análisis. Respecto al duelo por la reedición del *Dogma*, destaca la utilización de la escritura periodística como propaganda. En esos enfrentamientos en los que la palabra se convierte en medio, quedan trazados los perfiles de la imagen del otro así como de la identidad propia. Aborda cuestiones tan interesantes y productivas como la conformación de la subjetividad y la construcción del otro en cuanto diferente y opuesto. En lo que hace a

la selección de textos del cancionero de la época, analiza las diferentes voces que tejen el discurso: sus oposiciones pero también sus cruces, intersecciones, superposiciones, acorde con un análisis que desconfiaba de los límites rígidos, de uno que elide las clasificaciones inamovibles, para detectar en su lugar zonas de contacto que, a pesar de sus límites lábiles, delinear figuraciones de letrados. Destaca como motivo que tiñe el cancionero federal y que se reiterará en otros escritos –y en la literatura argentina al fin- el signo de la violencia. Éste reaparece con toda su fuerza en otro de los textos que analiza la autora, a saber, *El matadero* de Esteban Echeverría quien, por cierto, queda configurado como paradigma de la tercera figuración de letrado: el romántico. Por otra parte, analiza el procedimiento de la ridiculización y parodia de la figura de Rosas en *El Gigante Amapolas*, análisis efectuado siempre a partir de los recursos, estrategias y operatorias del discurso, entre las que destacan, para el caso de esta obra de teatro, la polifonía y jerarquización de voces. Finalmente, y en el marco de la exaltación de su figura como rasgo del periodismo federal de la época, dos biografías sobre Rosas emergen como objeto de estudio: la de Luis Pérez y la de Pedro de Angelis. La autora desentraña las variadas estrategias del discurso implementadas en cada una de ellas a tales fines: muestra cómo más allá de que cada una tiene idénticos objetivos –el enaltecimiento de Rosas- difieren en los recursos que conforman el tejido textual, destacando que los rasgos particulares en el nivel enunciativo hallan su origen en los diversos imaginarios a nivel político y social, que llegan a conformar una polémica solapada. En última instancia, a partir de textos que denuestran o ensalzan la figura de Rosas, Rosalía Baltar estudia una operatoria central y presente en todos ellos, un factor común a estos textos, sean de signo positivo o negativo respecto del régimen: la construcción ficticia de un enemigo como opuesto a la ficción de la propia identidad.

Con una mirada atenta y metonímica que ve en estos “proscritos” la representación paradigmática de un tipo de letrado de acuerdo a sus propias representaciones e imaginarios, su momento político, su espacio y su relación con el arte y con otras figuras de su entorno, la autora se remite a la palabra de éstos, que absorben en su quehacer características declaradamente propias pero también otras ajenas. Algunos, en sí mismos y en sus escritos aportan miradas refractarias, particulares, alternativas sobre un tiempo, un espacio, unas figuras políticas y sociales y sobre sus propias características como letrados. Los textos devuelven, como en espejo, esas figuraciones: se trata del letrado rivadaviano, el letrado rosista y el letrado romántico.